

## TOMARLE EL PULSO A LA SALUD DE LAS MUJERES

ESPERANZA AGUILÀ DUCET

Eso es lo que nos ha pedido Margarita y para eso nos ha planteado una serie de preguntas, la respuesta de cada una de ellas contiene en sí misma la capacidad de desarrollar una tesis, son incisivas, profundas y atractivas y te colocan directamente en el borde de un abismo, en el límite de la pendiente por la que pretenden hacernos rodar y nos permiten aferrarnos a la plataforma en la que el pensamiento multidisciplinar y feminista nos coloca. Hablo de tomar el pulso porque soy enfermera y aún recuerdo, cuando han pasado ya más de cuarenta años, el tacto, el calor y la humanidad en la punta de mis dedos al rozar la muñeca del primer/a paciente y toda la información que ese levísimo contacto me proporcionó. Desde ahí comparto mis reflexiones.

Yo me remito a la primera pregunta *¿Cuánto tiempo va a seguir ignorando la medicina la abrumadora evidencia, nacida de veinte años de experiencias, del poder curativo de los grupos de mujeres?* Porque en mi devenir profesional he acabado sumergiéndome en la promoción de la salud como enfermera y como agente de igualdad.

Es evidente que ese poder sigue negándose, y no sólo el de los grupos sino el que posee cada mujer sobre sí misma. Casi me atrevo a afirmar que no se ha dejado de hacer desde el aniquilamiento de la diosa y la caza de brujas.

El panorama a nuestro alrededor es escalofriante, por una parte la medicalización de la vida y la salud de las mujeres no sólo no ha remitido sino que se han renovado y fortalecido sus estrategias y ataques feroces. Por otra parte el reconocimiento sobre el saber y el conocimiento, tanto desde las universidades como desde el sistema sanitario, sigue siendo patriarcal y exclusivo de los/las profesionales de la salud, los/las pacientes son vistos y tratados como eso, personas pacientes y pasivas, que deben mostrarse indefensas y obedientes en el mejor de los casos, cuando no son tratadas únicamente como patologías vivientes o como un cuerpo del que vemos solamente una parte.

Quiero resaltar más allá de los intereses mercantilistas de la industria farmacéutica (y de algunas personas vinculadas a algunos gobiernos), de la medicalización de la vida que nos intoxica (y a veces mata) y del androcentrismo inmovilista de las ciencias de la salud, la perversidad del impacto de esta realidad que nos rodea. Nos anula como personas, negándonos la posibilidad de hacernos responsables de nuestra salud, de disponer de información veraz, de tomarnos un tiempo para tomar decisiones importantes, en definitiva, de ser protagonistas de nuestra salud. Y resalto su perversidad porque su hacer, sus propuestas y sus acciones, se nos presentan como las buenas, las únicas sanadoras y salvadoras.

Pero se nos ha pedido que alcemos la vista, que miremos hacia atrás y lo que yo veo también es alentador. Es innegable que la salud de las mujeres ha vuelto a estar

presente en la agenda feminista, recuerdo este reclamo en los primeros debates de la Red-Caps. Y en esta andadura han estado y están las profesionales jóvenes que no han dejado de hacerse presentes y de tomar la palabra. Como un canto a la esperanza.

Para acabar, y como no puedo hacerlo de otra forma desde la promoción de la salud, haré un par de propuestas, que no son nuevas ni de mi única cosecha, pero si eficaces.

- A la negación de nuestro poder: empoderamiento. Escucharse a sí misma, al cuerpo que somos, a nuestro espíritu, a esa voz interna que nos alerta cuando algo no marcha bien, a protegernos y a buscar a otras mujeres con quienes compartir el camino de la autonomía personal.
- Como profesionales: en el acto médico, responsabilidad compartida sobre la salud, el saber no fluye únicamente de su lado, reconocimiento al valor de la experiencia vital de quién acude a ti, de los recursos propios que toda persona (que es única) tiene, también las profesionales, con sus límites y su necesidad de apoyo.

Así continuaremos por el buen camino.